

García López, Javier María y Ceballos Aranda, José , *Saber es hacer. Memorias de la Escuela Especial de Ingenieros de Montes en San Lorenzo de El Escorial (1869-1914)*, Fundación Conde del Valle de Salazar y Ayuntamiento de San Lorenzo de El Escorial, 2020, 639 págs.



Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/reeap.260.2023.443-448>

Lo primero que cabe destacar de este libro, obra del Doctor Ingeniero de Montes Javier María García López y del Ingeniero de Montes José Ceballos Aranda, es la acertada elección de su tema: la Escuela Especial de Ingenieros de Montes. La universidad española estuvo, durante todo el siglo XVIII y gran parte del XIX, encastrada en el ideario del Antiguo Régimen y anclada en el escolasticismo, por lo cual el Estado liberal decimonónico tuvo gran interés en fundar Escuelas para formar a los futuros miembros de los Cuerpos técnicos facultativos de la Administración como “hombres de progreso”, capaces de protagonizar el desarrollo económico y social español. Por eso, siempre es interesante conocer la historia en España de las Escuelas Especiales de Ingenieros y comprender su papel en la modernización de nuestra nación, y aún lo es más en el caso de la Escuela de Montes, que introdujo en el país un nuevo paradigma científico, que era precedente perfecto de las actuales teorías del desarrollo sostenible y de la gestión integrada y multifuncional de los recursos naturales.

En ese sentido, este libro supone una novedosa aportación al estudio de la Escuela de Ingenieros de Montes como institución, ya que -aunque pueda sorprender- dicho estudio estaba casi sin hacer. Es cierto que muy valiosas publicaciones, de obligada referencia, iniciaron en las últimas décadas del siglo XX el estudio científico de la historia de la Ingeniería de Montes española: al ya clásico *Los montes de España en la historia* de Erich Bauer, publicado en su primera edición en 1980, siguieron los libros, mucho más completos, de Josefina Gómez Mendoza en 1992 (*Ciencia y política de los montes españoles 1848-1936*) y de Vicente Casals en 1996 (*Los Ingenieros de Montes en la España contemporánea 1848-1936*). Pero no lo es menos que hasta ahora no se había analizado sistemáticamente, a partir de fuentes

originales y para un período amplio de tiempo, los aspectos organizativos, jurídicos, patrimoniales, económicos y docentes de la Escuela de Ingenieros de Montes.

El ámbito temporal al que la obra dedica su estudio más profundo es el que figura en su título: los cuarenta y cinco años que van de 1869 (cuando se toma la decisión de trasladar la Escuela desde Villaviciosa de Odón hasta El Escorial, traslado que se materializa en 1870) a 1914 (cuando en los trágicos “suceses de El Escorial” mueren dos alumnos, lo que provoca un traslado inmediato de la institución a Madrid). No obstante, se estudia también, de manera más resumida pero bien documentada, tanto la etapa anterior a la llegada a El Escorial, como la posterior: los avatares de la Escuela hasta que por fin llega (en 1945) a su actual sede en la Ciudad Universitaria, y los profundos cambios que produjo en San Lorenzo la marcha de la institución. Es también un acierto de García López y Ceballos escoger la época escurialense de la Escuela de Montes, puesto que es en ella cuando se produce la consolidación institucional de la Ingeniería de Montes en España: en 1869, aunque ya ha hecho trabajos muy notables, tiene una estructura bastante endeble y parece en riesgo de sucumbir frente a una poderosa campaña política, azuzada por la alta burguesía terrateniente, que buscaba abiertamente la supresión del Cuerpo. En cambio, en 1914 tanto la Administración Forestal del Estado como la Escuela de Montes están ya definitivamente asentadas, y contienen en germen las instituciones que adquirirán un enorme protagonismo en la historia forestal de nuestra nación a partir de 1941: no olvidemos que ya en 1910 se comienza a pedir la creación de un “Patrimonio Forestal del Estado”. Y es también en esos años cuando vive la Ingeniería de Montes española una notable renovación doctrinal y científica: mientras que en su fundación estuvo profundamente influenciada por las Escuelas forestales centroeuropeas, y en particular por la célebre de Tharandt (Sajonia, Alemania), en El Escorial no sólo incrementó mucho sus logros científicos, sino que, bajo el impulso (no siempre fácil ni agradecido) de jóvenes profesores como Octavio Elorrieta Artaza y Fernando Baró Zorrilla, comienza a buscar un cuerpo de doctrina forestal propio (la “*Selvicultura española*”), que se haría realidad, de hecho, en las décadas siguientes. La Ingeniería de Montes llegó a San Lorenzo de El Escorial hablando alemán, y salió hablando español. La estancia en El Escorial es, por cuanto antecede, un período histórico de especial interés, en el cual la Escuela, como bien señalan los autores, se nos aparece como “*un organismo vivo en formación*”. Todos y cada uno de los mencionados hitos de consolidación de ese organismo aparecen en este libro; y también (aunque de una manera menos

expresa), se detecta la evolución de la enseñanza forestal española hacia formas propias y originales.

La obra se basa en una intensa exploración de las fuentes documentales, que le permite describir los hechos con una precisión y un detalle extraordinarios. Además, los hechos, en este libro, no sólo están bien documentados; también están muy bien contextualizados. En primer lugar, gracias a esa meticulosidad, se recuperan importantes antecedentes que resultan muy relevantes para entender acontecimientos posteriores, dando una visión de conjunto. Y en segundo lugar, se hace un evidente esfuerzo por tratar de comprender la mentalidad de la época, situando los hechos en su contexto cultural y social. En cuanto a archivos, los autores no se han limitado a explorar los más habituales (aunque aún insuficientemente aprovechados), como el Fondo Documental del Monte, el Archivo del Ministerio de Agricultura, o la biblioteca de la hoy denominada Escuela Técnica Superior de Ingeniería de Montes, Forestal y del Medio Natural de Madrid, sino que a ellos han sumado otros menos usuales, algunos de los cuales van ya demostrando en varias publicaciones su riqueza en fondos históricos forestales: el Archivo General de la Administración, los Archivos de Patrimonio Nacional (el del Palacio Real y el del Monasterio de San Lorenzo), o el archivo del Ayuntamiento de San Lorenzo de El Escorial. Es de destacar también que hayan encontrado fuentes francamente originales, de fuerte contenido humano, y en algunos casos nunca usadas hasta hoy: la revista “El Caos” editada por los propios alumnos de la Escuela; los diarios y memorias personales inéditos de los hermanos Ceballos (Luis y Gonzalo); y la revista “El Músculo”, editada en ejemplar único manuscrito por tres alumnos especialmente aficionados al montañismo (los dos hermanos Ceballos y Vicente Cutanda).

Cabe subrayar que este libro explica muy documentadamente el patrimonio forestal adscrito la Escuela, usado para la investigación y para las prácticas de los alumnos. Así, recuerda montes e instalaciones que hoy casi nadie relaciona con la Escuela, pero que tuvieron muy estrecha vinculación con ella: los montes propiedad del Ayuntamiento de San Lorenzo de El Escorial (la dehesa boyal y el monte “La Jurisdicción”), los montes del Patrimonio de la Corona vinculados al Monasterio (La Solana, El Romeral y La Herrería); el monte “Pinares Llanos”, propiedad de la Comunidad y Tierra de Segovia y sito en el término municipal de Peguerinos (Ávila); y otras instalaciones e inmuebles más modestos, como las casas forestales, el vivero central de la Casa del Infante, la Estación de ensayo de semillas de la Casita

de Arriba, el laboratorio ictiogénico de El Batán, y el pequeño y bonito arboreto de El Corralón. Destaca también, en ese sentido, el detallado análisis que se hace de las dos grandes obras de repoblación forestal ejecutadas por la Escuela en los predios forestales a su cargo: la casi total repoblación del monte “La Jurisdicción” (iniciada en 1893), y la total repoblación del monte “El Romeral” (realizada entre 1903 y 1909). Los autores han hallado y estudiado toda la documentación técnica sobre estas repoblaciones, incluyendo los dos proyectos referidos a La Jurisdicción (de 1894 y 1899) y las memorias anuales que daban cuenta de la repoblación de El Romeral, lo que les permite hacer una exhaustiva descripción de estos trabajos, que tuvieron una excepcional importancia histórica, en especial los realizados en “La Jurisdicción”, cuya repoblación forestal fue una de las primeras hechas en toda España, y que por tanto sirvió como campo de prueba de técnicas restauradoras hasta entonces poco menos que desconocidas, y como campo de prácticas para sucesivas promociones de Ingenieros. El éxito espectacular de estas repoblaciones forestales dotó al Monasterio y a San Lorenzo de un hermoso paisaje de bosques, en unos terrenos que en 1864 el eximio Ingeniero de Montes Máximo Laguna y Villanueva describía como una “*desnuda y árida solana*”.

Otro aspecto que cabe destacar en la obra es que responde muy bien a su título: son unas “memorias” de la Escuela, tanto en la décima acepción que recoge el Diccionario de la Lengua Española (“*relación de recuerdos y datos personales de la vida de quien la escribe*”; con la excepción hecha de que la Escuela, por sí misma, no puede escribir) como en la undécima (“*relación de algunos acaecimientos particulares, que se escriben para ilustrar la historia*”). Ya se ha dicho que es un libro muy riguroso, pero no es, ni pretende ser, sólo un trabajo académico, sino también una historia humana, en la que asoman constantemente sentimientos, semblanzas y anécdotas personales. En efecto: muchos Ingenieros de Montes (hoy todos desaparecidos, evidentemente) forjaron la base de su vida en El Escorial; allí no sólo estudiaron una carrera fuertemente vocacional, sino que crearon un vínculo de hermandad –más que de amistad o camaradería– con sus compañeros de estudios, acumularon anécdotas personales, y no pocas veces incluso encontraron esposa entre las jóvenes residentes o veraneantes o entre las hermanas de sus compañeros. De hecho, los alumnos que eran hijos de profesores de la Escuela (caso frecuente, puesto que la vocación forestal a menudo se transmite de padres a hijos) habían nacido, crecido y estudiado en El Escorial. Para todos ellos, esa localidad fue el escenario de algunos de los mejores años de su vida y constituía un refugio en la memoria, un recuerdo dorado de una época de alegría y juventud. De esos momentos vitales está

lleno el libro: desde la impagable anécdota del alumno que en 1889 entra “armado de un grueso bastón” en el despacho del director, para exigir que le levanten un castigo que consideraba injusto, y sólo puede ser reducido con la ayuda del conserje, del portero y de varios mozos, hasta los saqueos que – aprovechando las vigilias de estudio en las noches que precedían a los exámenes de junio– practicaban los alumnos en las fresqueras de familias veraneantes pudientes, en busca de un jamón o alguna exquisitez que hiciera más llevaderos los esfuerzos finales del curso. Multitud de anécdotas y detalles pintorescos dotan de vida y de calidez al libro; muchos son alegres y divertidos; otros, trágicos y dolorosos: en fin, la vida misma. Y, en palabras de Ortega y Gasset, “*la historia es siempre historia de vida*”.

Lo mismo cabe decir del modo en que el libro narra la vida institucional de la Escuela. Podría pensarse que en ocasiones se distrae analizando con detalle asuntos secundarios, como la polémica (que se prolonga durante dos años) sobre si debían enfoscar las fachadas de sillería de granito de los patios interiores, o las discusiones sobre el diseño y el uso de los uniformes de los alumnos. Pero esos análisis en apariencia secundarios contienen, en primer lugar, datos relevantes sobre algunos aspectos de la Ingeniería española que han sido objeto de estudios previos, como el de la uniformidad, y además nos transmiten con mayor fidelidad la vida cotidiana de la institución; es decir, dan una imagen orgánica de la Escuela. De todos es bien sabido el tiempo y la energía que en nuestro quehacer diario hemos de dedicar a asuntos menores, hasta el punto de que no pocas veces nos influyen a la hora de tomar nuestras decisiones más importantes. Por eso, si la historia es construida por la vida cotidiana, aciertan los autores al relatarnos esos detalles en unas memorias en las que no sólo los alumnos, sino también los profesores o los cargos políticos, hacen de vez en cuando chiquilladas.

De un interés particular, para lograr el fin de transmitirnos una imagen viva de la Escuela, son las 166 ilustraciones que contiene el libro. Lo primero que hay que destacar es, como en el caso de la documentación escrita, el esfuerzo de los autores en localizarlas en archivos muy diversos, y en reproducirlas con gran calidad. Pero además debe subrayarse que estas ilustraciones no son consideradas como decoraciones, sino como fuentes de apoyo al texto: abundan las informaciones cartográficas (algunas hechas “ad hoc”), que nos ubican los terrenos de los que se habla; también reproducciones de documentos relevantes; y por último maravillosas fotografías de la época, que nos muestran los rostros y los quehaceres cotidianos de las personas que, con su vida individual, constitúan a su vez la vida de la Escuela como

institución. Entre esas fotografías, destacan las tomadas por el Ingeniero de Montes y profesor de la Escuela Félix Monteverde Preciado, salvadas milagrosamente de la destrucción por su descubridora, la historiadora Flor Blanco García, y que se publican por vez primera en esta obra. Qué importante es, dentro del urgente deber de divulgar la historia forestal española, recuperar en particular su valiosísima documentación gráfica, dando continuidad a iniciativas tan acertadas como la de la Fototeca Forestal Española.

En conclusión: este libro, al aclarar y completar los datos y hechos fragmentarios (y a veces algo confusos) que, acerca de la vida y organización de la Escuela, estaban dispersos en distintas publicaciones, supone una importante y novedosa aportación historiográfica y pasa a ser una referencia obligada para cualquier investigación sobre la Ingeniería de Montes española en el período del cual trata. Por último, ha de subrayarse el mérito de sus autores, que lo han redactado con sus solos medios, y sin descuidar el puntual cumplimiento de sus obligaciones como Ingenieros de Montes al servicio de la Administración de la Comunidad de Castilla y León.

IGNACIO PÉREZ-SOBA DIEZ DEL CORRAL
Doctor Ingeniero de Montes. Gobierno de Aragón
Sección de Defensa de la Propiedad. Servicio Provincial de Agricultura,
Ganadería y Medio Ambiente de Zaragoza.

iperezs@aragon.es